

Violencia en las escuelas

“GUN RULE”¹ titulaba un diario popular londinense la mañana del 15 febrero de 2007. Un joven de 15 años había sido encontrado muerto en East London, asesinado, según dicen los investigadores, por sus compañeros de escuela. Se trata de la tercera víctima adolescente de una guerra de pandillas que se desarrolla desde hace un tiempo en las escuelas de la metrópolis inglesa.

También en Italia la violencia en las escuelas es un argumento que llama la atención cada vez con mayor frecuencia. Un muchacho se quitó los pantalones delante de la profesora y las imágenes de la proeza aparecen en Internet al día siguiente. Alguien filmó una escena de agresión a un joven incapaz de defenderse y las subió para mostrarlas en *You tube*. Los profesores al borde del colapso nervioso reaccionan con amenazas o con acciones al límite de la violencia.

En París, desde que las periferias explotaron en noviembre de 2005, la cuestión de las escuelas ingobernables está situada en el centro de la atención, al punto de que el orden en el sistema educativo

1. Como “la ley de las armas” podría traducirse este juego de palabras. (N. de E.)

–que en un tiempo fue la jactancia de la República– se ha vuelto uno de los argumentos fuertes de la campaña electoral que ha llevado a Sarkozy a la victoria.

La transmisión intergeneracional aparece inestable cuando entran en escena las generaciones post-alfabéticas que McLuhan, ya en 1964, había visto emerger como efecto de los medios electrónicos.

Los profesores de todos los países occidentales denuncian un verdadero colapso del sistema de enseñanza. Según la derecha la culpa de este colapso es de los profesores de izquierda que han eliminado de las escuelas su aspecto austero. La laxitud, el exceso de tolerancia, la libertad con que se permite a los estudiantes hacer lo que quieran provoca estos cambios. Se precisa orden, es necesario el respeto riguroso de la ley y de la autoridad, resulta inminente restaurar los valores ligados a la institución, al poder.

Alain Finkielkraut, autor de libros importantes como *La défaite de la pensée*,² ha hecho de la crisis de la escuela pública una cuestión central del debate político, poniéndose en sintonía con la vocación de orden de la derecha sarkoziana.

En una entrevista realizada en el otoño de 2005, mientras en la *banlieux* (periferia francesa) se extendía la revuelta, Finkielkraut expresaba una posición contundente sobre la cuestión de la disciplina en los colegios:

“Yo conozco la escuela republicana, la he estudiado. Era una institución con exigencias rigurosas, un lugar austero que había construido altos muros para protegerse del ruido externo. Treinta años de reformas estúpidas han cambiado el paisaje. La escuela republicana fue sustituida por una comunidad educativa que es horizontal y no vertical. Así ha descendido el nivel de los programas escolares, el ruido externo ha entrado, la sociedad ha inundado la escuela. Pero lo que vemos hoy es la derrota de esta escuela que quiere ser simpática. Y este modelo se alimenta de sus fracasos. Lo que

2. Finkielkraut, Alain, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 2004.

debemos exigir, por el contrario, es una mayor severidad y estándares más eficaces”.

Sería superficial burlarse del tono autoritario y tradicionalista con que Finkielkraut habla de la cuestión escolar. Sería frívolo rechazar su postura como si fuese sólo la patética conversión al autoritarismo de un intelectual que participó largamente de las luchas antiautoritarias de los estudiantes. La violencia que estalla en las escuelas europeas en la época de *You tube* no tiene mucho que ver con la insubordinación antiautoritaria de los años 60 y 70. Lo que Finkielkraut señala es un problema verdadero.

Sin embargo, al mismo tiempo es ingenuo pensar, como Finkielkraut, que la agresividad adolescente se debe a la disminución de la autoridad y de las jerarquías. La voluntad política y legislativa no viene aquí a cuenta. Una causa –muy parcial– la encontramos a lo sumo en las condiciones sociales de las grandes periferias, en el empobrecimiento material de la escuela debido a la reducción de las partidas presupuestarias públicas. No obstante, esta respuesta no logra aprehender el núcleo más profundo del problema. En efecto, la geografía de la violencia no se traza según las líneas de la diferencia social. La agresividad, la irritación y la violencia se difunden de modo más o menos parejo en los diversos ámbitos de la sociedad, involucra a jóvenes provenientes de las clases pobres pero también a los que provienen de las clases acomodadas.

El ADD, disturbo preadolescente de la atención, que se viene diagnosticando cada vez con mayor frecuencia, golpea tanto a los jóvenes de familias pobres como a los de familias ricas. Pero, ¿qué es efectivamente este disturbo de la atención? Más que una enfermedad es el intento de adaptación del organismo sensible y consciente de un niño a un ambiente en el cual el contacto afectivo ha sido sustituido por flujos de información veloces y agresivos.

Las raíces de la devastación psíquica que golpea a las generaciones post-alfabéticas se encuentran en el enrarecimiento del contacto corpóreo y afectivo, en la modificación horrorosa del ambiente comunicativo, en la aceleración de los estímulos a los que la mente es

sometida. Los educadores que viven en contacto con los niños de las escuelas primarias testimonian sobre un disturbio en sus capacidades de socialización. Cuando establecen contacto entre ellos, cuando pueden tocarse, conocerse y jugar, los niños de esta generación tienden, antes que nada, a agredirse. No conocen ya los modos de acariciarse y muerden una oreja. Ninguna decisión política, ninguna restauración del autoritarismo escolar podrá modificar la situación de los chicos que han crecido en un ambiente donde el aprendizaje del lenguaje ha quedado escindido del contacto físico con el cuerpo de la madre.

Nota sobre el concepto de generación

Siempre he desconfiado del concepto de generación. El concepto de clases sociales define mucho mejor los procesos de identificación y los conflictos, los intereses y las perspectivas políticas. Las clases sociales no coinciden con las generaciones. Las líneas de formación de la conciencia de una clase social pasan por procesos de producción y distribución de la renta más que por las pertenencias generacionales.

En la época industrial la sucesión generacional tenía un carácter marginal: no podía determinar efectos de radical diferenciación, ni podía influir en formas de conciencia y de identificación política significativa. Hasta que la subjetividad política se formaba en el interior de la división social del trabajo, la generación era sólo un concepto sociológico, biologizante, inadecuado para definir las características históricas de la conciencia.

Pero la transformación post-industrial trastocó los términos del problema. No puede decirse que se hayan disuelto las estratificaciones sociales y económicas: en la sociedad post-industrial las clases sociales también son una realidad objetiva, pero ya no parecen estar en condiciones de producir efectos de identificación decisiva en el plano de la conciencia. La fragmentación y la precarización de los procesos productivos ha vuelto sumamente frágil las identidades sociales, la presencia del otro se ha vuelto discontinua, incómoda, competitiva. Las agregaciones productivas se disuelven rápidamente.

te, se desplazan de manera continua y esto fragiliza la comunidad y pulveriza la memoria colectiva.

La identificación se vuelve imaginaria, la conciencia vectorial. No es importante lo que somos sino lo que pensamos que podemos ser mañana.

La conciencia, que para Marx es un producto del ser social, para nosotros hoy es sobre todo un producto del imaginario social.

Y para poder comprender la modalidad de formación del imaginario, las expectativas del mundo, las grillas cognitivas, es oportuno referirse al ambiente de formación técnico y comunicacional en el que un grupo social se forma. Con el concepto de generación hago referencia a un conjunto humano que comparte un ambiente de formación tecnológico y, en consecuencia, también un sistema cognitivo así como un mundo imaginario.

En las épocas de la modernidad que han quedado atrás este ambiente técnico-cultural cambiaba lentamente con el transcurrir del tiempo. Pasaban décadas o quizá siglos para que las personas se habituasen a usar una técnica que pudiera modificar las formas de pensamiento y las modalidades de acercamiento a la realidad. Pero cuando las tecnologías alfabéticas dieron paso a las tecnologías digitales, las modalidades de aprendizaje, memorización e intercambio lingüístico se modificaron rápidamente, incluso en el marco de una sola generación. El espesor formativo de la pertenencia generacional se convirtió en decisivo. Y los mundos generacionales comenzaron a constituirse como conjuntos cerrados, inaccesibles, incommunicables, no por motivos morales, políticos o psicológicos sino por un problema de formato tecno-cognitivo, por una verdadera intraducibilidad de los sistemas de referencia interpretativos.

Con el concepto de generación no identificamos ya un fenómeno biológico sino un fenómeno tecnológico y cognitivo. Una generación es un horizonte común de posibilidades cognoscitivas y experienciales. La transformación del ambiente tecno-cognitivo redefine continuamente las formas de la identidad.

Por eso las nuevas formas de conciencia social se modelan a partir de la pertenencia generacional.

Comenzamos a ver hoy los efectos que la mutación tecno-cognitiva produjo sobre dos generaciones sucesivas: la videoelectrónica y la celular-conectiva.

La primera nace a fines de los años 70 cuando en el ambiente de la vida cotidiana se difunden los aparatos televisivos, conquistando un lugar central en la atención colectiva.

Marshall McLuhan habla sobre esto en su fundamental ensayo de 1964, *Understanding media*,³ en el que estudia el pasaje de la esfera alfabética a la esfera videoelectrónica y concluye con una preciosa intuición: cuando a lo secuencial le sigue lo simultáneo, las capacidades de elaboración crítica son remplazadas por capacidades de elaboración mitológica. La facultad crítica presupone una estructuración particular del mensaje: la secuencialidad de la escritura, la lentitud de la lectura, la posibilidad de juzgar en secuencias el carácter de verdad y de falsedad de los enunciados. En esas condiciones era posible la discriminación crítica que caracterizó las formas culturales de la modernidad. Pero en la esfera de la comunicación videoelectrónica la crítica ha sido progresivamente sustituida por una forma de pensamiento mitológico, y la capacidad de discriminar entre la verdad o falsedad de los enunciados se ha vuelto imposible e irrelevante.

Este pasaje se constata en la tecno-mediosfera que se desarrolla en las décadas de los 60 y 70. La generación que nace hacia fines de los años 70 comienza a manifestar los primeros signos de una impermeabilidad a los valores de la política y de la crítica que habían sido fundamentales para las generaciones anteriores. No se puede hablar, en rigor, de rechazo a la política sino más bien de una incompatibilidad cognitiva con la temporalidad histórica y, por consiguiente, con la imaginación ideológica de tipo progresista.

Con todo, a partir de los años 90 se verifica incluso una mutación mucho más radical a partir de la difusión de las tecnologías digitales y la conformación de la red global. Los modos de funcionamiento de la mente humana se remodelan, ahora, según dispositivos técnico-cognitivos de tipo reticulares, celulares y conectivos.

3. McLuhan, Marshall, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Paidós, Buenos Aires, 1996.

Con la difusión capilar de terminales que vuelven posible la conexión con la infósfera, el flujo de estímulos nerviosos que envuelve al organismo consciente de los niños se intensifica hasta estallar, y el tiempo de atención disponible es saturado. En la época celular-conectiva la mente infantil se forma en un ambiente mediático totalmente diferente respecto al de la humanidad moderna, y experimenta el tiempo según una modalidad fragmentaria y recombinante. Ya no contamos con flujos de tiempo continuo, sino con cápsulas de tiempo-atención. Conexiones puntuales, ámbitos operativos separados. La percepción de sí se transforma: el individuo vive su tiempo como un conjunto de células recombinantes.

El proceso de socialización se remodela sobre el plano cognitivo, perceptivo, psíquico.

La conjunción entre cuerpos físicos ásperos, polvorientos, estriados e imprevisibles es rápidamente sustituida por un régimen de conexión entre segmentos compatibles, lisos, depilados, abstractos. Recombinantes, modulares, predecibles.

El individuo se percibe como un conjunto de fragmentos temporales disponibles para entrar en conexión.

¿Cómo se mueven los treceañeros de los que habla el film de Catherine Hardwicke (*Thirteen*, 2003), o las novelitas de Federico Moccia, o los jovencísimos programadores informáticos de Ipod de Douglas Coupland? ¿Qué es lo que regula sus interacciones? ¿Cuáles son los procesos de reconocimiento recíproco, de identificación y de proyección compartida? Una regla inconsciente parece operar en el corazón de la relación. Un reflejo inconsciente de regulaciones parece constituirse como concatenación colectiva a-significante. El movimiento en el espacio y el contacto con el otro tienden a volverse ejecuciones de un programa operativo, antes que percepciones empáticas del mundo circundante.

Los periodistas que se ocupan del problema del comportamiento juvenil hablan de “arrogancia” y usan la metáfora de la “manada” para referirse a las acciones de violencia o de prepotencia con que los grupos de jóvenes parecen moverse de modo conformista, porque todos los participantes fundan su identidad sobre el reconocimiento de pertenencia al grupo.

Pero no usaría la expresión “manada”, que me parece inútilmente moralista. Prefiero pensar en un enjambre más que en una manada, pues nos permite entender la socialización como efecto de un automatismo cognitivo más que como resultado de valores o disvalores de orden moral.

Lo que cambia en el pasaje generacional post-alfabético no son los contenidos, los valores de referencia, las opciones políticas, sino el formato de la mente colectiva, el paradigma técnico de elaboraciones mentales: dos sucesivas configuraciones tecnológicas, primero la videoelectrónica y luego la celular-conectiva, remodelan la infósfera y modifican la mente colectiva.

Este proceso de transformación es, también, un proceso de mutación del organismo consciente.

La mente manifiesta nuevas potencias conectivas, nuevas competencias interactivas, pero el pasaje es atravesado por disturbios, sufrimientos y patologías.

Pánico en contexto

“Era viernes: dentro del subte el ataque ha estallado imprevistamente y alcanza gran intensidad. En un primer momento el corazón latía cada vez más deprisa, un nudo en la garganta, la sensación de sofocamiento y la necesidad de respirar cada vez más profundo. Carla miraba a su alrededor espantada y paralizada. Todo parecía extraño, distorsionado. La presencia de la gente a su alrededor la oprimía. Nadie parecía advertirla: habría podido perder el control, desmayarse, enloquecerse o incluso morir en medio de aquella muchedumbre anónima y hostil. Un ligero sudor le recorría el cuerpo, las piernas le temblaban: no podía más. Faltaban aún muchas estaciones para llegar a destino: verdaderamente no hacía falta, estaría muerta antes de llegar. El tiempo le parecía detenido. Toda la escena quedaba registrada en el cerebro: se sentía aprisionada

y debía escapar. La primera estación a la que llegó, casi sin saber dónde estaba, fue su salida”.⁴

Así Francesco Rovetto describe un caso clásico de ataque de pánico. En las páginas siguientes analiza con mucha sutileza y precisión la formación de una predisposición al DAP (*Disturbio por ataques de pánico*).

“El recuerdo de aquellos minutos pasado en el subte quedaron registrados como un video en su mente. Se volvía a ver bloqueada en medio de la muchedumbre, bajo tierra, sin posibilidad de fuga. Los recuerdos eran tan fuertes e intensos que el solo pensar en volver a una situación similar le provocaba un miedo que seguramente desencadenaría el pánico. Este proceso de ‘miedo al miedo’ le ha limitado la libertad de movimiento y de pensamiento”.

Luego Rovetto reconstruye la historia familiar de Carla, la soledad y la frustración debido a las frecuentes ausencias del padre y la madre motivadas por los continuos compromisos de trabajo. Más adelante menciona la crisis de asma del hermanito y la decisión de los padres de estar a su lado y de mandar a Carla a casa de una tía por quince días. El sentimiento de abandono surge de esa separación. En esta historia familiar Rovetto encuentra la causa de una patología ansiosa que la lleva al primer ataque de pánico y muestra cómo el miedo a que se repitiera aquella crisis espantosa había terminado por crear las condiciones para sucesivas recaídas y para una generalizada predisposición al DAP. En síntesis, Rovetto atribuye esta patología, que parece difundirse cada vez más ampliamente en los últimos decenios, a un complejo de factores ligados a la ansiedad de origen familiar, complejizados y reforzados por la interiorización del miedo. Está bien, pero, ¿es suficiente?

Un fenómeno como el de los ataques de pánico no puede ser explicado solamente en términos psicopatológicos. Entendámonos: no hay dudas sobre los contenidos psíquicos de la ansiedad de Carla, ni sobre

4. Rovetto, Francesco y otros, *Pánico: Origini dinamiche terapie*, McGraw Hill, 2003, págs. 2 y 3.

que las dinámicas mentales e incluso las orgánicas (el implicamiento de las amígdalas) están bien reconstruidas; pero a la explicación del psiquiatra le falta una referencia al contexto desencadenante. En cuatro páginas de análisis del caso de Carla, Rovetto dedica solamente dos frases a la actividad que ella desarrolla durante el período en el que sobreviene el primer ataque. Y estas frases son casi casuales:

“El ansiolítico reducía su capacidad de concentrarse en la realización de las prácticas que le confiaba el arquitecto con el que estaba desarrollando su aprendizaje”.⁵

Podemos deducir que Carla trabajó como pasante, como practicante (precaria, bajo examen) con un arquitecto. Desarrolló probablemente trabajos de alto contenido cognitivo, mental, empeñando constantemente las facultades de concentración, de imaginación, de memorización.

Además, Rovetto explica que Carla había tenido que enfrentar una situación psicológicamente difícil después de recibirse:

“Su vida no preveía más que cinco o seis exámenes al año de contenido bien cierto y definido. De ahora en adelante debía continuar en direcciones imprecisas e incluso volverse una máquina de trabajo como sus padres”.⁶

¿No es acaso éste el paisaje contemporáneo dentro del cual las experiencias afectivas pasadas se redefinen y asumen una tonalidad ansiosa, hasta provocar la explosión de un ataque de pánico? Mi tesis es que no podemos hablar de psicopatología sin considerar las condiciones sociales, las modalidades de la prestación laboral, las relaciones de competencia y sobre todo las formas de comunicación dentro de las que el cuadro psíquico se constituye.

La dimensión social es inseparable del análisis de las psicopatías contemporáneas porque ella actúa directamente sobre las formas de comunicación y sobre la exposición al flujo informativo. El pánico, por

5. *Ibidem*, pág. 2.

6. *Ibidem*. pág. 4

ejemplo, es una patología en aumento sobre todo entre las mujeres de las jóvenes generaciones que en los últimos años están implicadas, cada vez con más frecuencia, en condiciones de precariedad y de exasperada competitividad, dentro de los ciclos del trabajo cognitivo. Lo que quiero indicar aquí no es sólo una correlación entre condiciones laborales y surgimiento de manifestaciones psicopatológicas, sino sobre todo una correlación entre la exposición al flujo info-nervioso y la patología.

La creatividad es transformada en trabajo. Aumento de la productividad significa, por lo tanto, aceleración del ciclo info-nervioso.

La sociedad industrial construía máquinas de represión de la corporeidad y del deseo. La sociedad post-industrial funda su dinámica sobre la movilización constante del deseo. La libido ha sido puesta a trabajar.

Trabajo y deseo

En su libro más conocido Pierre Levy propone la noción de inteligencia colectiva. Pero la existencia social de los trabajadores cognitivos no se agota en la inteligencia: los cognitivos son también cuerpo, esto es, nervios que se tensan en el esfuerzo de atención constante, ojos que se fatigan en su estar fijos sobre una pantalla. La inteligencia colectiva no reduce ni resuelve la existencia social de los cuerpos que producen esta inteligencia.

¿Qué significa trabajar hoy? Tendencialmente el trabajo tiene una característica física uniforme: nos sentamos delante de una pantalla y movemos los dedos sobre un teclado, digitamos. Pero, al mismo tiempo, el trabajo es mucho más diferenciado cuando consideramos los contenidos que elabora. El arquitecto, el agente de viajes, el programador y el abogado realizan los mismos gestos físicos, pero no podrían de ninguna manera intercambiar sus trabajos porque cada uno de ellos desarrolla una tarea específica, local e intraducible para quien no está familiarizado con ese contenido complejo de conocimiento.

El trabajo industrial mecánico se caracterizaba por su sustancial intercambiabilidad y por su despersonalización. En consecuencia, era percibido como algo ajeno, un deber que se desarrolla sólo porque

a cambio se obtiene un salario. El trabajo asalariado en relación de dependencia era pura prestación de tiempo.

Las tecnologías digitales abren una perspectiva completamente nueva para el trabajo. En primer lugar, cambia la relación entre la concepción y la ejecución, al mismo tiempo que varía la relación entre contenido intelectual del trabajo y ejecución manual. El trabajo manual tiende a ser desarrollado por maquinarias manejadas automáticamente, mientras que el trabajo innovador (que produce más valor) es el trabajo cognitivo. La materia a transformar es simulada por secuencias digitales. El contenido del trabajo se mentaliza, pero al mismo tiempo los límites del trabajo productivo se vuelven inciertos. La misma noción de productividad se vuelve imprecisa: la relación entre tiempo y cantidad de valor producido se torna difícil de establecer, porque no todas las horas de un trabajador cognitivo son iguales en términos de productividad.

La noción marxiana de trabajo abstracto se redefine. ¿Que quiere decir “trabajo abstracto” en el lenguaje de Marx? Significa erogación de tiempo que produce valor sin considerar su cualidad, sin relación con la utilidad específica y concreta de los objetos que introduce en el mundo. El trabajo industrial tendía hacia la abstracción porque su utilidad concreta era totalmente irrelevante respecto de la función de valorización económica.

¿Podríamos decir que esta abstracción progresiva continúa operando hoy en la era de la info-producción? En cierto sentido sí; es más, podríamos decir que esta tendencia es llevada hasta su máxima potencia, porque desaparece todo residuo de materialidad y de concreción de las operaciones laborales, y sólo permanecen las abstracciones simbólicas, los *bit*, los dígitos, las diferencias de información, sobre los que se ejercita la actividad productiva. Bien podríamos decir que la digitalización del proceso de trabajo volvió a todos los trabajos iguales desde el punto de vista físico y ergonómico. Todos hacemos lo mismo: nos sentamos delante de una pantalla y tecleamos, mientras las máquinas automáticas convierten nuestra actividad en un programa televisivo, una operación quirúrgica o bien en un automóvil.

Desde el punto de vista físico no hay diferencias entre un agente de viaje, un empleado de una petroquímica y un escritor de novelas policiales.

Pero, al mismo tiempo, el trabajo se vuelve parte de una actividad mental que elabora signos llenos de saber. Se vuelve muy específico y más especializado: el abogado y el arquitecto, el técnico informático y el cajero de un supermercado están frente a la misma pantalla y aprietan las mismas teclas, pero uno no podría jamás ocupar el puesto del otro porque el contenido de su trabajo es irreductiblemente distinto y no traducible.

Un obrero químico y uno metalúrgico hacen trabajos totalmente distintos desde el punto de vista físico, pero un metalúrgico necesita de unos pocos días para adquirir el conocimiento operativo del trabajo del químico y viceversa. Cuanto más el trabajo industrial se simplifica, tanto más intercambiable se vuelve. Delante de la computadora y conectado a la máquina universal de elaboración y de comunicación las terminales humanas realizan los mismos movimientos corporales, pero cuanto más el trabajo se simplifica desde el punto de vista físico tanto menos intercambiables son los conocimientos, las capacidades y las prestaciones.

El trabajo digitalizado manipula signos absolutamente abstractos, pero su funcionamiento recombinante es cada vez más específico, cada vez más personalizado y por lo tanto cada vez menos intercambiable. Por eso los empleados *high tech* (que crean o utilizan alta tecnología) tienden a considerar al trabajo como la parte más esencial de su vida, la más singular y personalizada.

Exactamente lo contrario de lo que le sucedía al obrero industrial, para quien las ocho horas de prestación asalariada eran una especie de muerte temporaria de la que se despertaba sólo cuando sonaba la sirena del fin de la jornada.

Esto vuelve al trabajador cognitivo enormemente más frágil. El semiocapital ha puesto el alma a trabajar.

Empresa y deseo

Sólo dando cuenta de este fenómeno podemos explicar por qué en las últimas dos décadas la desafección y el ausentismo se volvieron

fenómenos totalmente marginales. El tiempo del trabajo medio ha aumentado de manera impresionante en los últimos veinte años.

En promedio, la totalidad de los trabajadores prestaron 148 horas más en el año 1996 de lo que habían trabajado sus colegas en 1973. El porcentaje de personas que trabajan más de 49 horas a la semana ha aumentado el 13% en 1976 y casi el 19% en 1998. En lo que respecta a los *managers* el porcentaje sube de 40% a 45%. (Datos del United State Bureau of Labor Statistics).

¿Cómo se explica la conversión de los trabajadores de la desafección a la adhesión? No hay dudas de la influencia de la lucha política que la clase obrera llevó adelante inmediatamente después de los años setenta a causa de la reestructuración tecnológica, de la desocupación que le siguió y de la represión violenta contra su vanguardia: pero estas explicaciones no bastan. Para comprender a fondo los cambios psicosociales del trabajo es necesario tener en cuenta una mutación cultural decisiva, que se vincula con el desplazamiento del centro de gravedad de la esfera del trabajo obrero al trabajo cognitivo.

A diferencia del obrero industrial, el trabajador cognitivo considera el trabajo como la parte más importante de su vida y no se opone, por lo mismo, al prolongamiento de la jornada laboral. Es más, tiende a prolongar el tiempo de trabajo por propia decisión y voluntad. Esto sucede por diversas razones. En las últimas décadas la comunidad social urbana perdió progresivamente interés y quedó reducida a un envoltorio muerto de relaciones sin humanidad y sin placer. La sensualidad y la convivencia han sido progresivamente transformadas en mecanismos estandarizados, homologados y mercantilizados, y el placer singular del cuerpo fue sustituido por la necesidad ansiógena de identidad. La calidad de la existencia resultó deteriorada desde el punto de la vista de lo afectivo y de lo psíquico a consecuencia del enrarecimiento del vínculo comunitario y de su esterilización securitaria, como muestra Mike Davis en libros como *City of Quartz*⁷ o *Echology of Fear* (Vintage, Nueva York).

Parece que en las relaciones humanas, en la vida cotidiana y en la

7. Davis, Mike, *Ciudad de Cuarzo. Arqueología del futuro en los Ángeles*, Lengua de Trapo, Madrid, 2003.

comunicación afectiva se encontrase menos placer y cada vez menos garantías. Una consecuencia de esta des-erotización de la vida cotidiana es la inversión de deseo en el trabajo, entendido como único lugar de confirmación narcisista para una individualidad habituada a concebir al otro según las reglas de la competencia, esto es, como un peligro, un empobrecimiento, una limitación más que como una experiencia placentera y enriquecedora.

El efecto que se produjo en la vida cotidiana durante las últimas décadas es el de una des-solidarización generalizada. El imperativo de la competencia se volvió dominante en el trabajo, en la comunicación, en la cultura, a través de una sistemática transformación del otro en un competidor e incluso en un enemigo. Una máquina de guerra se esconde en todo nicho de la vida cotidiana.

No obstante, es también decisivo el drástico empeoramiento de las condiciones de protección social provocados por los veinte años de desregulación y de desmantelamiento de las estructuras públicas de asistencia.

Cuanto más tiempo dedicamos a la adquisición de medios para poder consumir, tanto menos nos queda para poder disfrutar del mundo disponible. Cuanto más invirtamos nuestras energías nerviosas en la adquisición de dinero, tanto menos podemos invertir en el goce. Es en relación a este problema, completamente ignorado por el discurso económico, que se juega la cuestión de la felicidad y de la infelicidad en la sociedad hiper-capitalista.

Para tener más poder económico (más dinero, más crédito) es necesario prestar cada vez más tiempo al trabajo socialmente homologado. Pero esto supone reducir el tiempo de goce, de experimentación, de vida.

La riqueza entendida como goce disminuye proporcionalmente al aumento de la riqueza como valor económico, por la simple razón de que el tiempo mental está destinado a acumular más que a gozar.

Por otra parte, la riqueza entendida como acumulación económica aumenta cuando se reduce el placer dispersivo del goce. Y las dos perspectivas se resuelven en un mismo efecto: la expansión de la esfera económica coincide con una reducción de la esfera erótica.

Cuando las cosas, los cuerpos, los signos comienzan a formar parte del modelo semiótico de la economía, la riqueza puede realizarse tan solo de manera indirecta, refleja, aplazada. La riqueza, entonces, ya no es el goce temporal de las cosas, de los cuerpos, de los signos, sino producción acelerada de falta y de ansiedad.

Traducción: Diego Picotto
Corrección: Emilio Sadier